

PERÓN

EN LA ESCUETA SUPERIOR PERONISTA

25 de agosto de 1953

Compañeras y Compañeros:

Ya estando por finalizar este curso, y antes de que ello acontezca, yo he querido conversar con ustedes una vez más por lo menos, y pido disculpas por no haberlo hecho en mayor número de oportunidades, pero desgraciadamente para mí las tareas me tienen un poco abstraído casi todo el día en la solución de algunos problemas que son importantes para el Gobierno, de manera que, con gran pena, porque es mucho más agradable para mí estar aquí que estar en mi despacho, solamente he podido hablar dos veces y quiero, en esta última ocasión, antes de que terminen los cursos, referirme a las escuelas peronistas.

Ha sido un gran problema para nosotros, además de difundir la doctrina, crear este centro o este instituto para los estudios superiores del peronismo.

Una doctrina impone siempre la formación de los predicadores de esa doctrina. De ellos depende la mayor parte del éxito que pueda coronar a la tarea de adoctrinamiento del país. En segundo lugar, crear los órganos necesarios para fijar esa doctrina, para tenerla al día en su evolución y para poder dirigir la prédica con unidad de concepción y con unidad de criterio. Todo ello ha sido un asunto difícil de realizar para nosotros a lo largo de las numerosas construcciones que a través de la obra de gobierno hemos debido realizar, como asimismo dificultades, y todo por ser nuestro Movimiento un movimiento nuevo que está en plena organización. Es decir que, a medida que hemos ido haciendo una cosa, ya sea en el Gobierno o dentro del Movimiento, hemos también ido destilando la doctrina para que ella haga de elemento catalizador en todo nuestro Movimiento.

Ahora es un poco más simple que hace diez años, cuando empezamos. Hace diez años, cuando empecé yo solo, allá en el Departamento Nacional de Trabajo, ante la mirada y la

apreciación un poco dubitativa de todos los que me escucharon, algunos llegaron a decir que yo era medio loco. Decían: "¡Qué va a hacer este angelito, que empieza a hablar de estas cosas, creyendo que por ese camino podrá llegar lejos, cuando han hablado de estas cosas otros antes que él y nadie les ha llevado el apunte!"

En fin, yo no me descorazoné. Por el contrario, hice desde allí una cátedra. Empecé a hablar, a convencer y a persuadir a la gente, y después que hice eso ya no estaba solo. Éramos unos cuantos. Después entré al Gobierno. Algunos amigos dentro del Gobierno también trabajaron. Así fueron agregándose otros, y hoy somos millones los predicadores de esta doctrina en todo nuestro país y en gran parte del mundo.

Yo confieso que nuestra doctrina podíamos haberla dignificado desde el principio y difundido también por medios técnicos. En esto el mundo ha progresado, según creen algunas personas, extraordinariamente. Hoy se hace una gran organización. Se arma utilizando la radio, el telégrafo, el teléfono, los automóviles y los aviones, y se larga toda una campaña de propaganda para saturar todo. Pero yo he observado que ese método técnico deshumanizado sirve para vender mercaderías; pero para inculcar las doctrinas el método técnico no da resultado, porque la técnica deshumaniza, y cuando uno tiene que meter algo en el alma de los individuos, no existe nada más que el viejo método humanista del contacto y de la transmisión en forma personal. La radio se puede utilizar y se pueden utilizar los diarios. Todo se puede utilizar, siempre que no estén exentos del humanismo necesarios para la inculcación de una doctrina en la masa popular. Hay que usar el viejo sistema para esto, como lo hizo Cristo ya hace dos mil años. Empezó solito a decir. Después tuvo doce apóstoles y cada uno de esos apóstoles tuvo otros miles de apóstoles, y eso se fue saturando.

Tan viejo sistema humanista para inculcar una doctrina, la técnica no lo ha podido avasallar ni lo ha podido dominar. De manera que nosotros no quisimos recurrir a la técnica; por la

técnica hacemos otras cosas; esto lo hacemos por el viejo método humanista: la transmisión de hombre a hombre. Aquí no se transmiten las bondades de una mercadería, no se transmiten las ideas; aquí se convence y se hace sentir y conocer estas cosas. Por esa razón, fue para nosotros un problema bastante grave el estudiar y ver cómo íbamos a hacer la difusión y la inculcación total de nuestra doctrina en nuestra población.

Bien; creemos que por los métodos enunciados hemos llegado ya a un gran sector de la población; que nuestra doctrina se ha impuesto ya en la masa popular de nuestro país. Lo que ocurre ahora es que la gente siente la doctrina por unas cuantas verdades que han sido elocuentemente expuestas por los hombres o por los hechos, llevando la persuasión a un gran número de personas. Pero la doctrina, aun cuando se siente y se comprende en parte, hay muchos sectores —y aun de esos que la comprenden y la conocen en parte— que deben completar su conocimiento; es decir, tenemos que hacer el desarrollo de la doctrina. Para hacer el desarrollo de la doctrina, ya la prédica permanente de esos lugares comunes de la doctrina no es suficiente. Hay que intensificarla para que un gran número de personas la pueda interpretar, hacer su análisis, su desarrollo, explicarla y hacerla conocer a los demás. Para eso hay un solo método: la creación de escuela como la Escuela Superior Peronista, donde se acopia, donde se depura, donde se mantiene al día y se difunde a los grandes centros de difusión, que son las escuelas peronistas de cada provincia y de cada gobernación, las que a su vez hacen el mismo trabajo con todas las unidades básicas: trae la gente, explica, forma, desarrolla y lanza eso para que cada unidad básica sea, a su vez, una célula de difusión, pero ya de una doctrina demostrada, de una doctrina desarrollada, no de las verdades sintéticas que componen nuestra doctrina.

Por otra parte, este método hace que los hombres se subordinen a la doctrina y no la utilicen para subordinarla a sus propias ideas, que pueden o no ser justas de acuerdo con la doctrina. Vale decir, establece una unidad de criterio, no solo en la enunciación científica de la doctrina, sino también en la enunciación analítica de esa misma doctrina y en su propio desarrollo. Esta es una de

las principales finalidades al fundar la Escuela Superior Peronista y las Escuelas Peronistas Provinciales y Territoriales.

De manera, señores, que ustedes, que son los que van a fundar esas escuelas peronistas, vale decir, a hacer los centros puros de la difusión y del desarrollo de nuestra doctrina en cada una de las regiones del país, tienen la grave responsabilidad de evitar que puedan producirse deformaciones doctrinarias, que son siempre profundamente perjudiciales para la propia doctrina y para el movimiento que la sustenta.

En esto, señores, quiero hablar con una síntesis grande, pero con una profunda sinceridad. El mérito de una doctrina generalmente no está en su enunciado, ni en su compilación, ni en las ideas que sustenta; el mérito de una doctrina está en su aplicación. Las más hermosas doctrinas, viviendo en los anaqueles de una biblioteca, no hacen sino ocupar lugar y estorbar a la biblioteca y a los que leen. La única doctrina que sirve es esa vivida que circula entre los hombres y entre las mujeres del pueblo; esa que se transmite de palabra a palabra, aunque no esté escrita, siempre que sea fiel y que su desarrollo esté ajustado a las grandes líneas doctrinarias.

De manera que, siguiendo el análisis de esta conclusión, podríamos decir que la función fundamental de cada uno de los hombres que se sienta adoctrinado y que tenga la pasión de la transmisión de esa doctrina está en tener la doctrina pura, el desarrollarla con pureza y el transmitirla con fidelidad. Eso es todo lo que se pide de los hombres encargados de esta importantísima tarea de difundir la doctrina, para luego sacar el resultado de eso que se ha inculcado y de los hechos. Lo demás es teorizar; esto es realizar. Y la función fundamental, como dije antes, no está en concebir ni en escribir una doctrina: la función es inculcarla y realizarla. Por eso seguimos el método real; no vamos al método ideal. Vamos por el sistema empírico y no por el sistema teórico.

Por esa razón, el poder inculcar una doctrina a través de una prédica, vale decir, persuadir por el convencimiento propio, es una tarea fácil de realizar y, sobre todo, implica en sí la suprema elocuencia. El hombre es elocuente cuando persuade a los demás de aquello de que propiamente está persuadido. Es difícil persuadir a los demás de una cosa de la que uno no está también convencido. Para mí, la base de la elocuencia no está en la dialéctica, ni en la retórica, ni en ninguna de esas cuestiones; está en decir la verdad: esa es la suprema elocuencia. Y decir la verdad con una claridad tal que todo el mundo la entienda. Eso es para mí "elocuencia"; son inútiles la dialéctica, la retórica y la lógica si uno tiene que difundir una mentira.

Es difícil convencer con facilidad. Por eso, si nosotros creemos que nuestra doctrina es una verdad, basta un pequeño número de palabras más o menos coordinadas para poder convencer. Sería difícil que los otros partidos políticos, con sus ideas, con su experiencia y con lo que lo que los conocemos, pudieran tener la elocuencia nuestra y anunciar cualquier doctrina que ellos quieran practicar. También eso tiene una importancia extraordinaria.

Digo que todavía nuestra doctrina es fragmentaria, porque hemos nosotros desarrollado doctrinariamente bien nuestras ideas en todo lo que se refiere a lo económico, a lo político y a lo social. Estamos en el trabajo de llegar a lo educacional y a lo cultural, que para nosotros representan nuevas etapas de realizaciones. Podríamos en este momento escribir perfectamente bien todo eso y entregarlo a todo el mundo; pero con eso no conseguiríamos gran cosa. Es mucho más importante realizarlo en el pueblo, y después anotarlo por reflejo en nuestras conclusiones de realización, pensando en que eso es real y que en la vida de los hombres vale y pesa lo real; lo ideal es solo una aspiración muchas veces, la mayor parte de las veces inalcanzable. Conformémonos con lo alcanzable, por ahora; veremos después de luchar también quizá por lo inalcanzable.

El funcionamiento de todo nuestro sistema escolástico peronista es una forma de acción que corresponde perfectamente bien a nuestra organización partidaria. Es así que las escuelas peronistas comprenden tanto a los hombres, a las mujeres, como a los trabajadores, adonde nosotros vamos a impartir, además de la doctrina, los conocimientos políticos necesarios para la elevación de la cultura cívica en el país. Aquello que decían los viejos políticos, con voz aguardentosa, "Hay que educar al soberano", es lo que nosotros, sin decir ninguna de esas cosas, tratamos de hacer con nuestro pueblo; y, como es lógico, tratamos primero de educar a los nuestros; después, por influencia, podemos quizá educar a nuestros contrarios.

Es indudable que, en nuestro país, hasta ahora, salvo algunas excepciones que confirman la regla, no ha habido una educación política; ha faltado una cultura cívica. Por eso ha sido posible la existencia del fraude durante casi un siglo. En los pueblos de cultura cívica, eso es total y absortamente imposible. Y han sido posible numerosas revoluciones como consecuencia del fraude, porque la revolución es una consecuencia del fraude; es decir, se emplea la fuerza cuando la razón no tiene valor. Los revolucionarios existen cuando existe fraude. Ese es el único hecho cívico que justifica la revolución. Pero no habiendo fraude, realizando elecciones justas, la revolución sí es una institución anacrónica en un pueblo con cultura cívica. Nosotros, en este momento, no justificamos en manera alguna un acto de fuerza revolucionario, en razón de que si ellos tienen los comicios donde nos pueden disputar el derecho de gobernar, ¿por qué voltearnos por la fuerza? Que esperen las elecciones, y si tienen el favor popular, vale decir, el mandato del soberano a que ellos aluden, podrán ganar allí el derecho de ser ellos quienes empuñen el cetro de la dirección y gobierno de la Nación. Eso descarta toda posibilidad de una revolución.

Lo que nosotros tenemos que hacer dentro del concepto justicialista es llevar la cultura al pueblo, y no solo en las facultades de ciencias sociales y ciencias políticas. Cada organización política debe ser una facultad de ciencias sociales y de ciencias políticas para educar a todos los ciudadanos, de modo

que ellos tengan una cultura media que sea beneficiosa para el país, haciendo que, a través de esa cultura cívica, cada uno pueda apreciar los problemas de la manera que convengan y sean más provechosos para las actividades de toda la comunidad, o sea, del país. Ese es nuestro trabajo.

Además de inculcar nuestra doctrina, que nosotros creemos que es la verdad política económica y social de nuestra Patria, debemos elevar la cultura social y la cultura cívica de nuestro pueblo. Esa también es función de estas escuelas. Pero en los ciudadanos, y no en cuatro o cinco señores que se quieren doctorar en ciencias que después no sirven para nada en el país. Llevar a cada ciudadano el conocimiento suficiente para que él pueda contemplar ampliamente el panorama, tomar su propia resolución y emitir su propio voto, en provecho y en beneficio del pueblo y del país; ahí está lo que nosotros queremos realizar con esto. De manera que cada escuela peronista sea, donde funcione una escuela cívica, una escuela para la elevación cultural, cívica y social de los ciudadanos.

Además, de eso, ha de ser también, en tercera instancia, un organismo celoso de mantener pura nuestra doctrina y de mantenerla al día. Las doctrinas no son eternas, porque los hombres no son para las doctrinas, sino que las doctrinas son para los hombres; y si los hombres evolucionan, y las instituciones también, como las doctrinas son para ellos, las doctrinas también evolucionan y se transforman. No son ni eternas ni permanentes. Lo que hoy es cierto puede muy bien no serlo dentro de cinco, diez o cincuenta años. Entonces hay que estar atentos para no estar en contra de la conveniencia o de la necesidad popular con una doctrina que, a través del tiempo, puede hacerse anacrónica. En materia de doctrinas, ser conservador es lo peor que puede ocurrir; es quedarse detrás de la evolución de los hombres, de las instituciones y de los tiempos. Por eso nosotros debemos tener organismos encargados de mantener al día la doctrina, y esa también es función permanente e importante de todos estos organismos de la enseñanza de la doctrina peronista.

Compañeros: Estas tres tareas tan fundamentales —primero, difundir la doctrina, desarrollarla e inculcarla; segundo, la elevación cultural de la masa ciudadana en lo cívico y en lo social, también a través de esa doctrina, y tercero, mantener al día en la evolución a la doctrina— son los tres objetivos a que está dedicada la existencia de la Escuela Superior Peronista y de todas las Escuelas Provinciales y Territoriales. Y ustedes, cada uno de ustedes, que toman sobre sus espaldas la responsabilidad del cumplimiento de estas tres tareas, son ante nosotros los responsables del progreso o del fracaso de nuestra doctrina en todo el territorio. De ahí la grave responsabilidad que pesa sobre ustedes. Por eso, para que no haya ningún elemento que pueda distorsionar en forma alguna la doctrina por los intereses políticos o partidarios, etcétera, nosotros aspiramos a que los maestros peronistas que actúan en nuestras espaldas sean hombres prescindentes y estén por encima de toda la actividad pequeña de la lucha política dentro del partido. Ustedes están por sobre todo eso. Ninguno de ustedes puede interesarse en el pequeño problema intrascendente de la lucha de las pequeñas cosas, cuando están decididos a practicar una cosa tan grande y tan sagrada para nosotros, cual es el cumplimiento de estos tres objetivos que he mencionado. Ustedes están por sobre todo.

Compañeros: Nosotros aspiramos a que estas escuelas estén organizadas cuanto antes. Hemos de ayudarles en toda forma desde la Escuela Peronista, desde el Gobierno Nacional y desde los gobiernos provinciales para que ustedes puedan cumplir de la mejor manera su misión. Ustedes tienen, en esta escuela modesta y humilde, una inspiración, y nosotros quisiéramos que como esta Escuela Superior Peronista fueran todas las Escuelas Peronistas Provinciales. Más adelante hemos de pasar con la Escuela Superior Peronista al edificio central de la Fundación "Eva Perón" (hoy Facultad de Ingeniería de la UBA), que se encuentra actualmente en construcción, y hemos de dejar este edificio para que funcione acá la Escuela Peronista de la Capital Federal.

De esta manera se resuelven estos dos problemas fundamentales, y entonces nos pondríamos a la tarea de resolver, con la misma amplitud y con la misma facilidad, los problemas de las escuelas que ustedes van a organizar en todas las provincias y en todos los territorios.

Este es un programa de acción que se puede cumplir cuanto antes, y para nosotros es muy importante y muy auspicioso poder encargar en el futuro a las escuelas peronistas del interior o de la Capital, como así también a la Escuela Superior Peronista, el desarrollo y la influencia de toda la reforma educacional y cultural del país. En una palabra, todas estas ideas que ya comienzo a lanzar sobre la masa popular.

A mí no me interesa que los grandes señores de las ciencias y de las artes me entiendan, me interpreten y lo hagan. Me interesa que los hombres y mujeres del pueblo, la gente humilde, me entienda y comience a practicar lo que yo les aconsejo, porque de esa manera acciono sobre millones de personas, mientras que de la otra forma sólo lo hago sobre cientos de individuos, que son quizá los más impermeables a los verdaderos sentimientos que yo quiero inculcar en la masa.

Comenzaremos con nuestras ideas políticas y luego proseguiremos con nuestras ideas humanas, para ir inculcándolas en la masa popular que está en permanente contacto con nosotros a través de las escuelas, de las unidades básicas o de la Escuela Superior, y de esa manera iremos trabajando paulatinamente hacia una comunidad más humana, como la queremos nosotros.

En el orden doctrinario, la explicación es muy simple. En el sistema individualista de otros tiempos, la condición suprema era el egoísmo. Ese egoísmo fue desarrollado hasta su más alto grado por el individualismo, que es también una manera de determinar el egoísmo. Nosotros vamos hacia un sentido de comunidad, en la que no se explica la existencia del individuo sino a través de la existencia de la comunidad; donde no se explica la felicidad de un individuo sino en la felicidad de esa comunidad, y donde no

aceptamos que ningún hombre pueda realizarse hasta tanto se realice también esa comunidad. Nosotros no aceptamos que se pueda ser feliz sobre la desgracia de veinte, treinta o cincuenta personas. No creo que haya alguien que sea verdaderamente una persona con sentimientos y pensamientos humanos que pueda ser feliz cuando sabe que esa felicidad está asentada sobre la desgracia de veinte o treinta de sus semejantes.

Con toda esta nueva filosofía, así como hemos cambiado el individualismo en lo social, como hemos cambiado el individualismo en lo económico y como hemos cambiado el individualismo en lo político, tenemos que cambiar también el individualismo en lo moral. Tenemos que hacer y propugnar dentro de nuestra sociedad el cambio total de eso, para que destruyamos en su base el mal de la humanidad presente, comenzando por nuestra Patria, que es la que más nos interesa a nosotros. Nosotros no somos los que creemos que hay que ir a arreglar a Corea. Primero tenemos que arreglar esto; después podrá llegar el momento de arreglar a Corea. Primero nuestro país, nuestra comunidad, y en este orden de ideas, las escuelas peronistas van a tener una labor extraordinaria para realizar en el futuro.

Yo estoy haciendo las primeras armas. Yo he de hacer las prédicas como en otros tiempos, si es necesario, hablando a la gente de a dos o a cada uno. En eso no me voy a cansar, porque puedo repetir mil veces las cosas a mil personas distintas, y creo que no he perdido el tiempo. Cuando he ganado uno para mis ideas, creo que he ganado el tiempo.

Por esa razón, ese sistema lo hemos de lanzar en todas partes, y cuando miles de hombres que sientan lo que tienen que sentir se dispongan a trasmitirlo a los demás, esta tarea indicará que hemos ganado también la batalla moral y en nuestra comunidad. Esa tarea ha de ser de suma importancia y realizada oportunamente, porque todavía no está preparado el ambiente. Cuando está preparado el ambiente, que de eso me encargo yo, tomarán las escuelas también la tarea de realizar, en la misma forma que realizan ahora ustedes, la prédica de la doctrina en lo

político, en lo económico y en lo social. ¿Se dan cuenta, compañeros, de la trascendencia tremenda que esto tiene?

Hasta ahora, y durante muchos años, yo he tenido en mis propias manos la tarea que ustedes van a realizar ahora. Y si yo la he conservado en mis manos ha de ser porque la he considerado muy importante como para concedérsela a cualquier otra persona —a pesar de que conmigo trabaja gente en quien yo tengo una confianza ilimitada—, o quizá por un espíritu de sobrevaloración de mis medios he preferido hacerlo así. Ahora dejo esa tarea en manos de ustedes. Veán si consideraré que tiene importancia este acto cuando yo delego en cada uno de ustedes una facultad que nunca quise delegar en ninguna otra persona.

Yo espero, compañeros, que en cada una de esas escuelas nosotros construyamos o levantemos un templo a la moral y un templo al acierto peronista. En otras palabras, que la gente se acostumbre a respetar nuestras escuelas en la misma forma que respeta las demás escuelas. Que nuestra escuela no sea una suerte de comité, sino que sea una verdadera escuela, con un régimen y con un respeto; que la gente —aun nuestros opositores—, cuando se refiera a la Escuela Superior Peronista, lo haga con respeto y consideración, porque los métodos que se siguen allí, la honradez con que se trabaja, la veracidad con que se inculca nuestra doctrina, y en general todo su funcionamiento, es un modelo para los demás. Si nosotros construimos todo un sistema escolástico peronista sobre una base honorable y sincera, seremos respetados por todos y nuestras escuelas se incorporarán a las instituciones de bien público que están por encima de los intereses partidarios de los hombres.

Atraer ese respeto a nuestras escuelas elevando en jerarquía, haciendo que, además de nuestros estudios, podamos construir en ellas una biblioteca y una enseñanza de cualquier orden, para que la gente de cualquier manera de pensar y de sentir venga a consultarnos, y que el que esté allí sea un hombre responsable para que esas consultas sean atendidas con seriedad, dándole

jerarquía a nuestras instituciones, todo eso es cuanto aspiro para estas escuelas.

Estas escuelas del Movimiento Peronista son un poco extrapartidarias. Están por sobre todas las demás actividades porque atienden las actividades intelectuales y morales de nuestro Movimiento. Nadie tiene nada que ver en ellas, porque en ellas no se cumple una función política, sino que se cumple una función superior, que es la de enseñar nuestra doctrina, sin intervenir en los pleitos ni en los líos políticos que se desarrollan a nuestro alrededor.

Si las jerarquizamos entre los nuestros, también las jerarquizaremos frente a los extraños, y así habremos constituido una red de instituciones que serán consideradas, respetadas y queridas por nuestro pueblo; y con eso habremos realizado la mejor política que podemos realizar: hacernos amar y respetar por nuestros ciudadanos, ganando su consideración, su reconocimiento y su respeto. Así es como se hace la mejor política en todos los tiempos y en todas las partes.

Quiero, finalmente, compañeros, agradecer a todos ustedes toda la abnegación, y aun los sacrificios, que han puesto para someterse a este régimen escolástico y la buena voluntad, como así también la capacidad que han demostrado para hacerse acreedores a esta gran distinción que el Movimiento Peronista ha hecho con ustedes. Ustedes son hombres y mujeres a los cuales nadie les puede hacer el cargo de que han sido favorecidos. Ustedes han sido elegidos entre toda la masa peronista como la gente más capacitada para enfrentar la difícil tarea del adoctrinamiento desde las escuelas. Ninguno de ustedes ha sido favorecido, porque esta es una carga y no una tarea, diremos, beneficiosa de orden material para nadie; esta es una carga que el Partido va a poner a un sinnúmero de hombres y de mujeres que podrán enriquecerse en méritos, y ese mérito será la única riqueza a que aspiran los hombres que se dedican a enseñar y no a sacar provecho desde la enseñanza.

Ustedes, en sus tareas, a lo largo del viaje que van a emprender en la prédica, parten desde la mejor posición moral, parten con el reconocimiento de todos nosotros, que sabemos de la abnegación, de la capacidad y aun del sacrificio que representa esta actividad dentro de nuestro Movimiento. Parten, también, con el mejor consenso de todos de que pondrán su buena voluntad y su honradez al servicio de una doctrina que consideramos grande y que consideramos noble. Les queda un largo camino para recorrer. Yo sólo pido a Dios que en ese largo camino recuerden siempre las horas de compañerismo y de camaradería que han pasado en esta casa; que recuerden a esta casa como la única escuela formativa política de nuestro Movimiento y que la recuerden siempre para tratar de honrarla en el desempeño de cada una de las tareas que ustedes acometan. Honrando a esta casa, honrarán al Movimiento Peronista, y honrando al Movimiento Peronista, nosotros entendemos que es la única manera de honrar y de servir a la Patria.

Por esto, compañeros, la dirección de la Escuela ha resuelto entregarles a cada uno de ustedes el diploma que lo acredita capacitado para el desempeño de estas funciones. Yo he de tener oportunidad de entregárselos con la persuasión absoluta de que ustedes harán uso magnífico de esa capacitación, y con la seguridad, también absoluta, de que servirán con toda lealtad y con toda sinceridad a las tareas docentes, tanto en la Capital como en todas las provincias y territorios de la Nación. Ustedes deben estar persuadidos de que al hacerlo están prestando el más delicado, el más grave de todos los servicios que en esta hora se puede prestar a la ciudadanía argentina: iniciarlos en un nuevo modo de pensar y de sentir en la política argentina. El país dependerá, por muchos años todavía, de lo que nosotros sepamos inculcar a nuestro pueblo, pues lo tomamos virgen.

Hasta ahora no ha habido educación política; ha habido, más bien, una deformación permanente de vicios políticos. Nosotros nos iniciamos en las virtudes de la política. Quizá por siglos habrá de gravitar la acción que ustedes tienen el insigne honor de comenzar en el pueblo argentino. Eso bien vale el sacrificio que

se ponga en realizarlo. Pasarán tal vez muchos años; pero los hombres de nuestros muchachos y de nuestras muchachas que en las escuelas peronistas den las primeras clases no desaparecerán nunca de la memoria y de la consideración de millones de peronistas que han de seguirnos en nuestra tierra, y de millones de justicialistas que han de seguirnos en el mundo entero.

En esto, señores, está el verdadero pago a nuestro sacrificio y a nuestro esfuerzo. Dios quiera que tengamos, en ese sentido, que pagarle a cada uno de ustedes con el reconocimiento eterno y con nuestra admiración permanente por la tarea magnífica que ustedes van a realizar.